

HUIDA

Resultó intrigante vagar por las estrechas callejuelas del barrio judío la noche que fuimos a casa del espía. Alfredo y yo entramos en su casa. El hombre, nos saludó con un leve gesto hecho con la cabeza y nos hizo pasar al salón. El dinero estaba sobre la mesa.

Cuando Alfredo se disponía a coger el dinero, oímos pasos, y un hombre apareció en el salón.

Marcos, el espía, antiguo conocido de Sergio Miranda y de Alfredo Varona, se sobresaltó con la entrada inesperada de aquel hombre, al que tardó minutos en reconocer. Se levantó alarmado, tras colocar instintivamente su mano derecha cerca del costado.

— ¿Pero quién es usted y qué quiere? —solo entonces reconoció a Ignacio Omaña.

Marcos, espía venido a menos según algunos, o el único espía en el que aún se podía confiar, para empresas realmente complicadas y peligrosas según otros, al reconocer a Ignacio, pensó que puesto que se había presentado en su casa sin ser esperado, debía de tener serios motivos para acudir, y pasó a hacer las presentaciones.

—Alfredo, Sergio, os presento a Ignacio Omaña, el hombre al que tenemos que sacar fuera del país. Ignacio, te presento a las dos personas, que me ayudarán a sacarte fuera de España, sin dejar rastro.

Ignacio Omaña, empresario de una de las mayores cadenas de joyería del país, estrechó las manos de las tres personas que permanecían quietas por la sorpresa, en el salón.

— Perdona, Marcos, que me presente de esta manera en tu casa. La puerta estaba abierta. Debería de haber llamado a pesar de todo.

Ignacio presentaba en su rostro las huellas, no solo, de una noche de insomnio, sino también las de haber llevado hasta entonces una vida ajetreada. Su frente aparecía

surcada por arrugas profundas; las mejillas descolgadas y propias de un hombre de más años de los que en realidad tenía, el rictus amargo de su boca..., todo anunciaba de antemano, el momento complicado, por el que aquel hombre estaba pasando. Miró al resto de personas allí presentes, y en seguida, se dio cuenta de que Marcos, no había tenido tiempo de explicar el motivo de su reunión.

—Os explicaré el porqué de mi visita inesperada, fui propietario de un cuadro de Dalí, hasta que hace un mes, lo vendí a un comprador, que me pide, mantenga el silencio sobre su persona. El precio de venta fue de ciento cincuenta y nueve millones de euros. El cuadro, lo heredé de mi padre, y ambos, lo custodiamos, en la casa que hemos compartimos durante toda una vida. Mi padre murió hace tres años, y yo no tengo descendencia, motivo por el cual, hace poco más de un mes decidí que su destino fuera la venta. Cobré su importe sin mayores problemas, y ahora, sobre la mesa, estáis viendo parte de ese dinero. Es el equivalente a la cantidad destinada al pago de vuestros honorarios, si es que aceptáis el trabajo y la cantidad que os ofrezco. El problema viene ahora: la Ley del Patrimonio Histórico Español es muy severa con la exportación sin autorización de bienes que se consideran patrimonio histórico, pero yo quiero disfrutar de ese dinero, no me importa en qué lugar del mundo.

—Hasta aquí lo has explicado muy bien Ignacio, —continuaré yo, interrumpió Marcos.

Veamos... Alfredo, Sergio, como habréis deducido, el cuadro ya está en propiedad del comprador y el resto del dinero aquí, bien custodiado. Ignacio requiere nuestra ayuda para conseguir un país de permanencia para él y su dinero. El hecho de que el comprador sea desconocido, nos da una mayor seguridad y un posible éxito, pero no nos podemos relajar porque no contamos con mucho tiempo. Estamos hablando de mucho dinero, veinte millones de euros para cada uno de nosotros y el resto para él, y no es un trabajo fácil. El riesgo que corremos es grande y los años de cárcel... mejor no saberlo.

Nosotros estamos obligados a correr con todos los gastos que a partir de aquí genere esta huida, e igualmente, tendremos que buscar un país para depositar nuestro propio dinero —seguía diciendo Marcos.

El espía, esperaba expectante, la respuesta de sus dos amigos, la cual no tardó en llegar. Ambos, estaban de acuerdo en correr con los peligros de la operación, porque consideraban, que a pesar de todo, el peligro estaba bien pagado.

Solo en aquel momento de la conversación, las cuatro personas allí presentes tomaron asiento, y procedieron a retirar las tres bolsas con el dinero de la vista de cualquier otro visitante no deseado.

Y Marcos volvió a tomar la palabra:

—Pensando, llegáramos a un acuerdo, tengo previsto un posible plan, con una organización, que no es la primera vez que lleva a cabo una operación parecida. El nombre de la organización quedará oculto mientras sea posible. El plan, medianamente encajado, —faltan algunos pormenores—, sería el siguiente: salimos de España por nuestra cuenta, en un coche alquilado, como lo harían cuatro turistas que van a pasar unos días de vacaciones, en este caso en Berlín. El punto de recogida de Ignacio, por la organización de la que hemos hablado, será el Oberbaum Puente. Este puente cruza el río Spree que une al antiguo Berlín Este con el también antiguo Berlín Oeste. El sitio exacto en el puente, será el situado bajo la instalación de neón llamada comúnmente por los berlineses Piedra-Papel-Tijeras. Será el día veinticinco del mes de Abril, en el que estamos; hoy es, (Marcos miró el calendario colocado sobre su mesa), día quince; sé que es algo precipitado, y vamos justos de tiempo.

Ignacio, supongo que tienes todo organizado... ¿Alfredo, Sergio, podréis conseguirlo?

—Sí, lo tengo todo preparado desde hace tiempo —contestó Ignacio.

—La operación es importante. No te preocupes, tendré todo preparado, tal y como me pides —dijo Sergio.

— ¿Y tú, Alfredo? Sé que vives con alguien—preguntó y afirmó Marcos.

—Adelante. Mi pareja vive eternamente preparada para lo que pueda surgir...

Para Alfredo, esta operación no era la primera que llevaba a cabo fuera de la ley, hacía pocos meses que salió de la cárcel tras cumplir tres años de condena, por un desfalco, en una empresa en la que había estado trabajando durante diez años de manera ejemplar. El divorcio de su anterior mujer, le había sumido, no solo en una debacle existencial sino también en un pozo económico, que terminó conduciéndole a la cárcel durante aquellos tres años, que no dudaba de denominar, como el mayor infierno de su vida. Era evidente que Alfredo no se había rehabilitado.

—Una última información: al comienzo del puente, unos doscientos metros antes del punto de entrega, deberemos detener el coche dejándolo en marcha. Ignacio y solo él, se bajará e irá hacia el lugar convenido, donde solo estará esperándole un hombre. Para no llamar la atención, nosotros daremos la vuelta y desapareceremos por la misma dirección que hayamos llevado. ¿Algún problema? —informó y puntualizó Marcos.

—De acuerdo, — dijeron los otros tres hombres, casi al mismo tiempo.

Los cuatro ocupantes del vehículo, partieron sin perder tiempo. Tenían un largo camino por delante. Durante el viaje se intercambiaron para conducir, hicieron bromas, contaron lo que cada uno soñaba hacer con su dinero... y muchas cosas más. Y el largo viaje se les hizo llevadero.

Llegaron, en la fecha indicada y a la hora pactada, al puente Oberbaum. Pararon antes de los doscientos metros establecidos e Ignacio bajó con su cartera, tal y como habían planeado.

—Adiós amigos, suerte y espero que nos volvamos a ver...

El coche, con los otros tres ocupantes, según lo convenido, dio la vuelta y partió inmediatamente. La avenida por la que habían llegado, hasta el puente, era larga y despejada.

Enseguida sonó un ruido seco, como de un disparo. Aminoraron la marcha y giraron hacia atrás, con el tiempo justo para ver como Ignacio caía desplomado al suelo. Aceleraron, de nuevo, el coche y partieron velozmente.

